

Capítulo 12

No tenemos nada para comer, la sensación de hambre no me deja nunca. En el colegio las monjas ya no nos pueden dar nada, no tienen nada que darnos. El pan hace tiempo que no lo probamos. Hoy hemos comido un plato de lentejas, bueno, un plato de agua caliente con algunas lentejas medio podridas flotando en el líquido. Hemos comido en silencio, nunca el silencio ha sido tan tremendo en el comedor como hoy. Algunos niños se han desmayado en la fila, desfallecidos por el hambre.

Cuando llego a casa veo que hoy tampoco hay nada para cenar. Un rato después viene mi tía, no trae nada, no hay nada que traer, en las aceras no crecen lechugas ni tomates, en las aceras de la ciudad no crece nada.

Pienso en mamá, yo por lo menos como algo caliente en el colegio y la tía dice que pica algo por ahí, pero mamá siempre está aquí, no tiene nada, desde hace unos días ya no va a la oficina porque está cerrada, en la tienda de Dani no queda nada, ni vino. Hace unos días que cerraron las puertas y bajaron las persianas. En la calle no hay nadie, solo las bombas, los obuses..., de vez en cuando, se oyen disparos por la parte del Paseo de la Dirección y de la Ciudad Universitaria. El otro día oí a Valentín decir que la gente se muere de hambre en la calle, que en la estación del metro de Cuatro Caminos un hombre cayó

desfallecido en el andén.

Pero mi madre no se queja nunca, me mira y me acaricia el pelo sonriendo y yo la miro muy triste porque está cada vez más delgada, solo tiene ojos y pómulos y esa boca tan bonita que siempre ha tenido con los dientes tan blancos ahora es muy grande y los dientes también son más grandes y más blancos. Antes podía guardarle un trozo de pan de la comida, pero ahora no, ahora, ya lo he dicho antes, no nos dan pan y las lentejas no se pueden guardar. Se me está ocurriendo una idea: voy a coger una botella, una lata o algo así y mañana guardaré un poco de comida para mamá.

—Toma, Ángela, bebe un sorbito de vez en cuando y verás cómo se te va pasando el hambre. —Mamá me da un vaso de agua de la buena, de la del botijo, que es de Lozoya y está muy rica.

Bebo un poquito, el agua está fresca y dulce. Es verdad, parece que tengo menos hambre después de beber un sorbito.

—Mamá, ¿es cierto que la gente se muere de hambre en la calle?

—¿Quién te ha dicho semejante tontería?

—El otro día lo contaba Valentín en el patio.

—¿Es que tú has visto a alguien muerto en la calle?

—No, bueno..., no sé, a lo mejor sí.

—Pues yo no —dice mi madre con ese tono que siempre pone cuando quiere terminar una conversación que no le gusta nada.

—Pues yo sí —dice mi tía, que está cambiándose de

ropa en la habitación—. Yo sí los veo todos los días: hombres, niños, mujeres... ¿Es que no sabes de qué ha muerto ese matrimonio de ancianos del final de la calle? Por favor, Julia, no nos engañemos más.

—Por favor te lo pido a ti, María, no hay ninguna necesidad de abrumar a la niña con estas cosas tan horribles.

—Sí que la hay, Julia, la niña tiene que saber lo que pasa para recordarlo y que rece siempre para que este horror, este espanto no se vuelvan a repetir.

Mi madre calla, no le gusta discutir. Además sabe que cuando mi tía se pone así no hay forma de hacer que calle, pero a mí me parece que esta vez tiene razón mi tía.

—Mamá, ¿qué significa abrumar? —pregunto yo para cambiar de tema y también porque no sé qué quiere decir esa palabra que suena tan amenazadora, igual que «horror» que ahora ya sé lo que significa.

Pero mamá no contesta, aunque no quiera discutir yo sé que está enfadada con María por hablar de todos estos horrores en casa. Mamá quiere que en casa no entre el horror de la guerra ni las miserias y calamidades que están pasando en la calle. Mamá lo que quiere es que nuestra casa sea un refugio tranquilo y feliz.

—Tía, ¿qué significa abrumar? —Yo sigo con la pregunta porque ahora estoy verdaderamente interesada en conocer el significado de esa palabra, aunque, más o menos, me lo imagino.

—¡Ay, niña, qué pesadita te pones con tus preguntas! —me contesta mi tía, que parece que ya se ha calmado

un poco—. Abrumar significa algo así como agobiar, apesadumbrar, angustiar..., no sé, que te lo diga tu madre que es la que ha usado esa palabra.

Sigue haciendo mucho frío, la casa está helada a esta hora de la tarde. Hoy, cuando venía del colegio, nevaba un poco, sobre todo cuando iba por Marqués de Viana. Pero ya no tenemos nada que quemar en la estufa ni en el brasero, nadie tiene nada para calentarse, ni para comer, ni para vivir... Con este frío nuestros vecinos se refugian en sus casas y el patio está silencioso. Todavía sigue nevando un poquito, la nieve empieza a cuajar en las jardineras y en las macetas. Mamá ha guardado los geranios en un rincón y los ha protegido con una especie de sabaña vieja. ¡Cómo es!, a pesar del hambre y de esa tristeza que nunca la abandona sigue pensando y preocupándose por las plantas.

Me acuerdo de Córdoba, sí, de nuestro jardín en la primavera, de Camila la tortuga comiendo, golosa, la lechuga que le dábamos mi hermano Andrés y yo, sí, de la limonada que sacaba mamá a media tarde con la merienda. Ahora me comería hasta un bocadillo de membrillo que no me gustaba nada... ¡Qué rico!, cómo me gustaría tener un poco de membrillo con pan ahora mismo y comerlo despacito, sí, masticando la carne del membrillo que se va deshaciendo dulcemente en mi boca, sí, y el pan tierno y blanquito, crujiente, sí.

Bebo otro sorbito de agua porque pensando en estas cosas me ha vuelto el hambre.

—Mamá, ¿qué pasó con Camila?

—¿Camila? ¿Quién es Camila?

—Camila, nuestra tortuga de Córdoba. ¿Es que no te acuerdas?

—¡Ah! Sí, claro que me acuerdo. ¿Y tú? ¿No te acuerdas que se la llevamos a Manuela antes de irnos?

Manuela era nuestra vecina en Córdoba, una señora muy buena y muy amable con los niños. También era muy graciosa, contaba las historias con tanta gracia que nos hacía reír a todos las tardes que pasaba a merendar con nosotros. Mi abuela la quería mucho porque había sido su mejor amiga cuando eran jóvenes y todavía, ya viejas, seguía siéndolo.

Mamá ya se ha puesto el pijama, se ha soltado el pelo, está sentada en el tocador cepillándose. ¡Qué guapa es! Sigue teniendo el pelo negro, brillante y sedoso que le cae hasta la cintura. Yo me acerco, le cojo el cepillo y empiezo a cepillar su precioso pelo despacio, de arriba hacia abajo como ella me ha enseñado. Ella me mira desde el espejo y me sonrío con esa sonrisa triste que ahora tiene siempre. Pienso que es muy guapa, los ojos tan negros, brillantes, un poco hundidos, ahora más hundidos todavía debido a su delgadez. No me extraña que papá estuviera tan enamorado de ella. No nos parecemos, yo soy rubia y tengo los ojos claros como mi tía. Mi padre también era rubio, pero él tenía los ojos marrones.

La tía ha cerrado ya las persianas. «Sigue nevando», dice y se pone a preparar la cama para acostarnos, metiendo muy bien las mantas debajo del colchón para que no se salgan y nos entre el frío.

Estos son los mejores momentos del día, por la noche, las tres solas en la habitación, sí, cuando nos ponemos los pijamas, sí, y hablamos bajo el calor de las mantas, sí..., no los cambiaría por nada en el mundo.

—Ángela, ponte el pijama y vamos a la cama —dice mamá y me coge el cepillo y lo guarda en el estuche y luego se pone a ayudar a la tía con la cama.

Cuando estamos ya las tres acostadas, me dice:

—Ángela, quiero que hablemos y me escuches bien porque es muy importante lo que tengo que decirte. Verás, hija mía, la guerra está a punto de terminar, ahora ya luchamos entre nosotros y los nacionales esperan tranquilamente para entrar en Madrid. Es cuestión de semanas o, tal vez solo de algunos días.

»El otro día estuvo Melchor en el sindicato, un poco antes de cerrar las oficinas, habló un buen rato conmigo. Me contó que Casado quiere pactar una paz sin represalias para los que no tengan delitos de sangre, pero Franco quiere una rendición sin condiciones. “Nadie sabe lo que pasará cuando entren”, me dijo; también me dijo que él se iba a quedar con Besteiro y Casado, pero que yo debería irme, que todavía era posible salir hacia Rusia o hacia Francia, pero yo le dije que no quería irme de España, dejando a mis hijos aquí, que yo no había hecho mal a nadie y que no tenía ningún miedo.

»Melchor es un hombre muy prudente y de pocas palabras como tu padre, pero él no estaba tan seguro como yo. “No sé”, me dijo, “no sé lo que pueden hacer. Piensa que eres la esposa de un alto cargo de la República, que

luchó fieramente en el frente y les causó muchos quebraderos de cabeza..., no sé, no quiero asustarte, pero no comparto tu optimismo. Ya sabes que la familia de Cipriano se ha ido ya y la mía también se ha ido. Por favor, Julia, piénsalo, quizás aún nos quede tiempo”.

»Ángela, yo tampoco quiero asustarte, pero tengo que contarte todo esto para que comprendas que debes irte a Valencia. Melchor me ha dicho que aún es posible, que sigue abierta la vía, que puede arreglarte el viaje enseguida. En Valencia te reunirás con tus hermanos, Pepita y Vicente dicen que estarían encantados de acogerte. Podrás ir al colegio y comer como es debido y también podrías ayudar a Pepita con Paquito y, sobre todo, con la niña que es muy pequeña. Pepita debe de estar agobiada con tanto trabajo, ya sabes que también tiene que atender la cocina del bar. Figúrate lo bien que vendría tener una ayuda de una chica tan dispuesta como tú, ¿verdad que sí, María?

—Claro que sí —dice mi tía—, en realidad ya tenía que haberse ido hace tiempo, cuando se fueron sus hermanos. ¿Qué necesidad tiene de pasar por lo que estamos pasando?

Durante todo el rato yo quería hablar, pero mi madre me hacía una seña con la mano para que no la interrumpiera, para que la dejase terminar de decir todo lo que quería decirme y yo que me iba poniendo cada vez más nerviosa porque podían pensar que mi silencio significaba que me parecía bien todo lo que decía.

—No, mamá, yo no me quiero ir, no te voy a dejar

aquí, no os voy a dejar aquí a las dos solas.

—Pero si será solo durante un poco de tiempo. Después, cuando acabe esto nos reuniremos todos de nuevo.

—No, mamá, tú me prometiste que no nos separaríamos nunca y tienes que cumplir tu palabra.

—¿Que yo te prometí eso?, pero ¿cuándo te prometí yo semejante cosa?

—Sí, me lo prometiste aquella noche en Córdoba cuando nos íbamos a ir y yo no quería marcharme y lloraba en mi habitación y tú estabas recogiendo las cosas y te sentaste en la cama a mi lado y me dijiste que tenía, mejor dicho, que teníamos que irnos con papá para no separarnos, que teníamos que estar juntos y yo te dije que me prometieras que no nos separaríamos nunca y tú me lo prometiste, me lo prometiste...

—Vaya, Julia, parece que esta vez la cría te ha ganado por la mano —dice mi tía riéndose con ganas.

Pero mamá calla, yo no puedo seguir hablando porque al final me he puesto a llorar, precisamente lo que yo no quería que me pasara y, cuando lloro, ya no puedo decir nada porque las lágrimas pueden a las palabras.

—Bueno —dice por fin mi madre—, no quiero obligarte, no podría hacerlo; aunque si tuviera la fuerza suficiente lo haría. Seguro que si estuviera tu padre ya lo habría hecho porque es lo mejor para ti, porque todo lo que pueda venir va a ser cada vez peor que ahora. Si Franco no acepta la paz honrosa que le propone el coronel Casado será porque abriga malas intenciones, porque querrá tomar venganza... No sé, pero quizás nos tengamos que

enfrentar a una verdadera escabechina cuando entren los nacionales en Madrid. Hay mucho odio acumulado, se han hecho tantas barbaridades en los dos bandos que va a ser muy difícil olvidar y perdonar...

—Sin embargo dicen que en el frente de la Ciudad Universitaria no se oye un tiro —comenta mi tía para suavizar el tono tan pesimista de mamá, cosa rara en ella que es siempre la que lo ve y lo pone todo negro—, que los soldados salen de las trincheras con banderas blancas y confraternizan con los nacionales, a pesar de que los oficiales los amenazan y los apuntan con sus armas.

»Quizás al final se imponga el sentido común y entre todos, vencedores y vencidos, acabemos con esta carnicería, con esta barbarie. ¡Ya está bien de guerra! Llevamos casi tres años matándonos unos a otros, peleando hermanos contra hermanos. Casi tres años con un Madrid sitiado, destrozado por los bombardeos y los obuses. Solo el barrio de Salamanca se ha librado del horror de las bombas. Está claro que Franco no quiere matar a los suyos, como allí todos son de derechas y están todas las embajadas se libran de morir como ratas bajo las bombas o de dormir en el metro como nos pasa a los demás, que no tenemos tanta suerte porque no vivimos en esos barrios tan elegantes.

Mi madre calla, pero a mí me parece que no está muy de acuerdo con lo que dice mi tía.

—Aunque también los de esos barrios lo están pasando mal porque allí se han cebado los comunistas a pasear ciudadanos —continúa mi tía, pero ya con la voz

más triste, con la visión pesimista que tiene siempre—, allí las checas no dan abasto sacando a la gente de la cama para fusilarlos de mala manera en cualquier tapia, en cualquier descampado... ¡Qué miserables, canallas! Hay personas que han muerto solo por vivir en ese barrio o por tener un crucifijo encima de la cama o por guardar los evangelios en el cajón de la mesilla de noche...

—Bueno —dice mamá después de un largo silencio—, vamos a dejarlo por hoy, pero prométeme que lo vas a pensar mejor, con más tranquilidad.

—Pero, mamá, si lo llevo pensando desde que se fueron mis hermanos y lo tengo todo muy bien pensado. No me quiero separar de ti ni de la tía, tenemos que estar juntas pase lo que pase.

Mi madre guarda silencio, aunque en la oscuridad no le puedo ver la cara, me parece que está llorando. A mi tía también la oigo sollozar en el otro lado de la cama; como no sé qué hacer ni qué decir, las abrazo a las dos y así, abrazadas bajo las mantas, nos vamos quedando dormidas.

Capítulo 13

Se oyen voces fuera, salimos mamá y yo. En el patio están todos los vecinos, en la calle suenan más voces y algunos gritos.

—Los nacionales están entrando en Madrid —dice Valentín—, entran por Cea Bermúdez y por la Puerta de Toledo sin ninguna resistencia. Madrid se ha rendido.

Sale a la calle con Rosa, su mujer. Sara, la madre de Mauro, mira a mamá para ver qué hace.

—Vamos también nosotras —dice mamá—. Ángela, ponte el abrigo que hace frío.

Es verdad, es un día soleado pero frío, de esos días típicos de Madrid y eso que ya estamos a 28 de marzo, ya hace unos días que empezó la primavera, pero no se nota nada porque los árboles aún no tienen las hojas, ni siquiera esos brotes pequeñitos verdes que empiezan a salir. Nada, están completamente desnudos. A lo mejor es por esta guerra que también afecta a las plantas.

Sube la gente por Marqués de Viana hacia Bravo Murillo. No parecen preocupados, al revés, parece que se alegran, se saludan sonrientes; algunos hacen el saludo fascista con el brazo estirado y la mano abierta. La verdad, yo no me imaginaba tantos fascistas en el barrio.

—Mamá, la gente no tiene miedo, están contentos. ¿Es que son todos falangistas?

—La gente está harta de guerra, harta de pasar hambre y frío, harta de bombardeos y de dormir en los andenes del metro, harta de ver muertos en la calle y paseos y venganzas... Al final, todo lo malo que venga seguro que no puede ser peor que lo que ya tenemos. Por eso la gente está contenta, si hay que ser fascista serán fascistas, si hay que cantar el *Cara al sol* cantarán el *Cara al sol* porque la vida es así y el que no se conforma no tiene nada que hacer. Solo los locos luchan por sus ideales hasta el final y así les va y así acaban.

Mamá me dice todo esto sin dejar de andar entre la gente que cada vez es más numerosa. En Bravo Murillo ya somos una multitud caminando hacia Cuatro Caminos.

Un camión cargado de mujeres con camisas azules cantando y haciendo el saludo de la Falange se abre paso. En Francos Rodríguez, enfrente de los Salesianos, donde está el cuartel de los comunistas, un grupo de personas cantan el *Cara al sol* con el brazo en alto.

Volverá a reír la primavera...

Me gusta mucho esa parte de la canción porque es alegre, me parece que quiere decir que todo lo malo pasará y que vendrán tiempos más felices y mejores.

—Mamá, me gusta más la canción de *Cara al sol* que la nuestra de *A las barricadas*.

—Qué pronto te has adaptado, hija —dice mamá mirándome, sin dejar de andar.

—Es que eso de las negras tormentas que agitan los aires me da mucho miedo y lo de las nubes oscuras tam-

bién.

—Quizás tengas razón. —Mamá sonrío y me acaricia el pelo como hace siempre que se cree que estoy mal.

La gente dice que hay camiones repartiendo comida gratis, que mujeres y voluntarios reparten desde los camiones chuscos de pan, patatas, latas de sardinas... La noticia es como una bomba, levanta un clamor, todos aceleramos el paso hasta Cuatro Caminos para intentar conseguir algo de comida antes de que se acabe.

Sara camina a mi lado en silencio, vamos de la mano las tres, yo en el medio.

—Sara, ¿sabes algo de Mauro? —le pregunto un poco nerviosa por dos cosas: porque sobre todo temo que me dé malas noticias y por porque me da mucha vergüenza que pueda sospechar el amor que siento por su hijo.

—Hace días que no tengo noticias tuyas. La última vez que estuvo en casa me dijo que saldría de España por la frontera de Francia porque no sabía lo que iba a pasar cuando entrasen los nacionales en Madrid, que Franco no había aceptado una paz honrosa, que solo quería la rendición sin condiciones y que todos sabíamos lo que eso significaba, y lo que sí sabía es que irían a por él enseguida.

—Pero ¿por qué? —pregunta mi madre—, ¿por qué van a ir a por él?, si él no ha hecho mal a nadie. Todo lo contrario, mi marido, Melchor Rodríguez, él mismo y otros han salvado a muchas personas de una muerte segura en Paracuellos o fusilados contra cualquier tapia. Tal

vez lo condenen a prisión, pero no creo que lo condenen a muerte.

—Eso le dije yo, pero dice que prefiere morir a verse encerrado, que él ha sido un militante activo de la CNT, que todo el barrio conoce su forma de pensar. Me habló de la venganza, de que hay muchos odios acumulados, que el ejemplo lo tenemos en lo que están haciendo Queipo de Llano y los suyos en Andalucía, que Franco es conocido por ser implacable y que no le va a temblar el pulso a la hora de castigar a sus enemigos.

—La venganza —dice mi madre—, maldita venganza, maldita guerra. Si no somos capaces de perdonar esta pesadilla no se acabará nunca. Ahora no quiero hablar de eso porque está la niña, pero mi padre fue víctima de ellos y estoy segura de que esté donde esté no querrá que nadie venga su muerte. Él siempre me habló del perdón y créeme que lo practicó durante toda su vida.

—Sí, ya sé lo que le pasó a tu padre en Córdoba, me lo contó todo María antes de que vinieras a vivir aquí con ella... Es horrible.

—Sí, es horrible todo lo que está ocurriendo, no solo lo de mi padre sino toda esta guerra absurda que ha cambiado nuestras vidas y nos ha hecho desgraciados a todos. Mira toda esta gente, hambrientos, famélicos, seguro que muy pocos de los que vamos caminando por la calle hemos desayunado hoy y la mayoría tampoco cenamos ayer. Es una atrocidad... Nada, no existe nada que pueda justificar que un niño se tenga que acostar sin cenar y que tampoco tenga nada para desayunar cuando se despierte,

que ancianos esperen la muerte tendidos en sus camas con el hambre comiéndoles las entrañas. Maldita sea el hambre, hambre infinita que no nos deja, que está siempre ahí recordándonos nuestra miseria.

Mamá habla sin dejar de andar. Camina deprisa con esos pasos cortos y rápidos que suele dar cuando tiene mucha prisa. Habla como si lo hiciera consigo misma, sin mirarnos a nosotras, sin dejar de mirar al frente, con esa tristeza que no la abandona. Sara y yo callamos porque entendemos lo que siente.

Capítulo 14

Nunca había visto tanta gente en Cuatro Caminos, ni siquiera cuando se celebraban los mítines de la CNT.

Los regulares del ejército de Franco se dispersan por todo Madrid. Desfilan con disciplina en perfecta formación; en eso sí son distintos de nuestros milicianos, que cada uno iba como quería. Una multitud contempla su paso, los aplaude, los aclama. Los golfillos desfilan al lado de los soldados con palos a modo de rifles, imitando su aire marcial. La gente parece contenta, alegre. Hay risas y bromas, abrazos, saludos con el brazo extendido al modo fascista. Muchas camisas azules, carteles en los balcones: «¡Viva Franco!», «¡Arriba España!».

—Mamá, ¿todos esos son los fascistas?

—No creo, son personas hartas de la guerra, de vivir en una ciudad sitiada, de pasar hambre... Gentes que esperan tiempos mejores, que creen que a partir de ahora todo irá mejor.

—Aunque seguramente también están los de la quinta columna y los que vivían infiltrados en nuestras líneas para pasar información a Franco y los que han permanecido escondidos hasta ahora. —La voz de Sara nos sorprende, ha estado callada todo el rato y de repente hace ese comentario en voz baja, casi en un susurro; aunque

por la forma en que lo dice parece más una amenaza, un temor de lo que nos espera a todos una vez que todas estas personas han salido a la luz—. Ahora empezarán las venganzas, las delaciones, las detenciones, las torturas, los fusilamientos..., y este espanto no terminará nunca.

Yo miro a mamá para ver qué dice, pero calla. Parece que está de acuerdo con lo que dice Sara.

En la plaza de Cuatro Caminos dos mujeres y un hombre subidos en un camión reparten comida entre la multitud, llevan camisetas azules remangadas hasta los codos a pesar del frío. La gente se apiña alrededor del camión.

—Ángela, espéranos aquí junto a la boca del metro que vamos a ver si conseguimos algo de comida. No te muevas de aquí, por favor te lo pido.

Mi madre y Sara se mezclan con la gente, y yo las sigo con la mirada hasta que las pierdo de vista.

A mi lado, un niño de la edad de mi hermano Andrés, más o menos, le dice a su hermanita que no se mueva de allí, que va a por comida y que viene enseguida.

La niña es muy pequeña, tal vez más pequeña que mi hermana Chari o por ahí. Tiene el pelo de un rubio pálido, lo lleva recogido en dos coletas, aunque está sucio y enredado. Lleva un abrigo con un bolsillo descosido, le queda bastante pequeño, por debajo se puede ver un buen trozo del vestido. Aunque la niña dice que sí con la cabeza, el chico no se decide a dejarla sola entre tanta gente, mira nervioso a uno y otro lado como buscando una solución a su problema.

Los dos tienen un aspecto tan indefenso, tan desolado que, sin conocerlos de nada, me dan mucha pena y me empiezo a acordar de mis hermanos.

—Vete si quieres, que yo cuidaré de ella hasta que vuelvas —le digo acercándome a la niña dispuesta a protegerla de lo que sea.

El chico me mira con alivio y sale corriendo. Su hermana lo mira hasta que desaparece entre el gentío, no puede evitar que se le escapen unos tristes gemidos que intenta contener a pesar de ser tan pequeña.

—¿Sabes hablar? —le pregunto a la niña para distraerla un poco.

—Sí —me contesta y me mira con cara de *porquépreguntasesatontería*.

—¿Cómo te llamas?

—Pili.

—Tienes un nombre muy bonito. Yo me llamo Ángela. ¿Cuántos años tienes?

—Tres.

—Ese chico que está contigo es tu hermano, ¿no?

—Sí.

—¿Y tus papás?

—Mamá está en el hospital porque está malita.

—¿Y tu papá?

—No sé.

—Oye, Pili, tienes hambre, ¿verdad?

Pero la niña ya no me contesta, está aburrída de mis preguntas, se acuerda de su hermano y lo busca entre la muchedumbre.

—Oye, Pili, ¿cómo se llama tu hermano?

—Luis, pero... ¿por qué no viene?

—No te preocupes, vendrá enseguida, está cogiendo algo para comer. ¿Tienes hambre? ¿Has desayunado?

Sigue sin responder, vemos aparecer a mi madre y a Sara que vienen con comida en las bolsas esas de red que siempre llevan en el bolso porque no abultan nada y luego cuando se usan caben muchas cosas.

—Mira, Pili, esa señora que viene es mi mamá y la otra es Sara, una amiga nuestra que tiene un hijo muy guapo que se llama Mauro.

La niña las mira con curiosidad. Tiene los ojos color miel con una clara expresión de inteligencia.

Cuando Sara y mi madre llegan hasta nosotras puedo ver una manzana en la bolsa, meto la mano dentro y la cojo.

—Sería mejor que la guardases para luego —me dice, aunque me deja cogerla.

Pero yo la limpio un poco en el faldón del abrigo y se la doy a la niña, que la contempla entre sus manos antes de morderla. Es una manzana pequeña, algo arrugada y con imperfecciones en la piel. Se ve que no es una manzana de esas brillantes que comprábamos antes.

Todas miramos con interés a la niña y a la manzana que continúa intacta en sus manos.

—A lo mejor no puede morderla con sus dientes de leche —dice Sara y se pone a buscar en su gran bolso una navajita o algo para partir la manzana.

Por fin la niña se acerca la fruta a la boca y la muerde,

un gran mordisco que le llena la boca y se marca perfectamente en la manzana.

Se ve que la cría tiene hambre, mastica rápidamente mirando la manzana con ojos golosos para darle otro bocado en cuanto pueda tragar el trozo que tiene en la boca.

Veo a su hermano salir de entre la gente, con la chaqueta ha hecho una especie de bolsa para llevar la comida que ha podido conseguir en el camión. Le observo mientras se dirige hacia nosotras con pasitos rápidos y cuidadosos para que no se le caiga su preciada carga, es muy pequeño, no creo que tenga más de ocho años.

—¿Vivís cerca de aquí? —le pregunta mamá cuando llega hasta nosotros.

—Sí, aquí cerca, en la calle Almansa —contesta el chico mientras mira detenidamente a su hermana para ver si está bien. Sonríe cuando la ve comiendo la manzana, se nota que la quiere mucho.

—¿Y vuestros padres? —continúa preguntando mi madre que, cuando le interesa algo mucho, puede llegar a ponerse muy pesada.

—Mi madre está en el hospital, tiene el tífus.

—¿Y tu padre?

—No sé, dicen que murió, pero mi madre no se lo cree, dice que volverá, que tenemos que esperarlo.

—Entonces, ¿estáis solos?

—No, porque mañana viene mi madre que ya se ha curado y la monja nos ha dicho que mañana le darán de alta.

Y mi madre deja por fin de preguntar, aunque no pa-

rece muy convencida, pero sabe que no podemos hacer casi nada, que estos tiempos que corren ahora son así, que como estos chicos debe de haber miles en este Madrid sitiado.